

Comentario de Ariel de la Fuente a “La devastación ‘como cálculo y sistema’: Violencia Guerrera y Faccionalismo durante las campañas del Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación Argentina (1840-1843) de Mario Etchechury Barrera, Noviembre de 2014.

El trabajo de Mario Etchechury Barrera es de una saludable ambición explicativa y refleja una rica imaginación metodológica (utiliza, por ejemplo, el diario de marcha de un miembro del Ejército Unido, un tipo de documento que puede aportar una perspectiva no muy común sobre este tipo de cuestiones pero que rara vez ha sido utilizado en las investigaciones sobre los conflictos decimonónicos). Por supuesto, todo trabajo que aspira a explicar un fenómeno *complejísimo* como el de la violencia colectiva (en este caso política) tiene, inevitablemente, flancos problemáticos y corre el riesgo de dejarnos con demasiadas dudas. Pero, por la misma complejidad del fenómeno en discusión, mis comentarios tienen como propósito el de contribuir a su comprensión porque, como decía Alfonso Reyes, esto lo solucionamos entre todos o no lo soluciona nadie.

El trabajo no ha logrado convencerme de la cronología más o menos implícita sobre las transformaciones de la guerra (la aparición de la “guerra total”), a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX. La masividad de las movilizaciones, la generalización de las masacres, la criminalización del enemigo, las atrocidades cometidas afuera del campo de batalla, preceden a este período (por ej., las guerras de religión del siglo XVII en Europa, cuando se borraron del mapa poblaciones civiles enteras y se vieron terribles crueldades, como en tantos otros conflictos).

Del mismo modo, la violencia rosista ejercida por el Ejército Unido entre 1840-1843 no tenía, lamentablemente, nada de innovador, ni siquiera en la percepción de que se había entrado en una nueva era de crueldad y violencia indiscriminada. Este tipo de violencia había ocurrido antes en el interior de la Argentina y había, igualmente, generado en los contemporáneos la sensación de excepcionalidad, de ruptura o “parte aguas” como dice Etchechury Barrera. Me refiero en particular, al período 1829-30 y sobre todo a la violencia aparentemente desplegada por Quiroga y Aldao en Cuyo. En este sentido recomiendo al autor consultar para su investigación el opúsculo del unitario José L. Calle titulado *Memoria sobre los acontecimientos*

*más notables de la provincia de Mendoza en 1829 y 1830*¹, en el cual describe con lujo de detalles las atrocidades cometidas dentro y fuera del campo de batalla por los caudillos federales (muy similares a las que cometió el rosismo posteriormente) y ante la cuales reacciona de modo muy similar a Juan A. Gelly en 1842. Más aún, es en ese período de 1827-31 que los unitarios desarrollan la dicotomía “civilización y barbarie” como paradigma interpretativo de los conflictos lo que, aparentemente, se debió a la necesidad de explicar esa violencia extrema que se percibía como algo “nuevo”².

Tampoco, me parece, la violencia del rosismo fue transformadora como lo supone el autor (“mutaciones político-sociales generadas al paso del ejercito unido”, “profundo reordenamiento social”). Es cierto que esa violencia sirvió para consolidar el poder de un régimen, pero más allá de eso continuaron existiendo por varias décadas los mismos partidos, las rebeliones, la violencia política y sus atrocidades, la estratificación étnica y social, el peso económico y político de ciertos grupos (a juzgar por su protagonismo post-Caseros, en el interior un buen número de unitarios emergieron del rosismo habiendo conservado buena parte de su riqueza y prestigio).

Lo que sí creo que tal vez haya cambiado en alguna medida es el papel que las mujeres (particularmente las de las élites) jugaron hacia adentro de los grupos familiares y hacia afuera (en la esfera pública) como consecuencia de una violencia cuyo blanco principal eran los hombres (que eran quienes morían o se exiliaban). Creo que ante la mayor vulnerabilidad de los varones, fueron las mujeres las que se hicieron cargo de la preservación del influjo económico, social e, incluso, político de algunas familias (esto es apenas una hipótesis que habría que examinar, pero dado el interés del autor en la violencia y su efecto social creo que podría considerar esta cuestión de género en su investigación).

La violencia que realmente cambió las cosas fue, como todos sabemos, la que desplegó el más rico y poderoso estado nacional en formación liderado por figuras como Mitre y Sarmiento (que también incluyó crueldades y represalias que devastaron a las poblaciones civiles del interior). Esa guerra sí tuvo un resultado diferente porque la creciente asimetría del poder económico y militar del estado en relación a los ciudadanos hizo posible la expropiación y

¹ Publicado en *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*, T.III, 1936, 139-209.

² Analizo algunas de estas cuestiones en “Civilización y Barbarie: Fuentes para una nueva explicación del *Facundo*”, publicado como apéndice en *Los Hijos de Facundo* (2nda. edición corregida y ampliada) (Buenos Aires: Prometeo, 2014), 251-299.

monopolización de la violencia. Lo cual me lleva a preguntarme si en este tipo de análisis, además de conceptos como “la Guerra Total” no habría que tener en cuenta también ciertas variables como la de la riqueza y pobreza de las sociedades y, a partir de esto, la diferente capacidad de ejercer la violencia y las formas que ella toma. Como un ejemplo de la relación entre pobreza y formas de la violencia podríamos pensar que la aparente obstinación con que, después de la batalla de Quebracho Herrado, los soldados federales se dedicaron a ultimar a los heridos del otro bando no tiene que tomarse necesariamente como un cambio en la concepción o práctica de la guerra. Este comportamiento bien se podía deber, como en otros casos similares, al hecho de que ultimar a un rival implicaba adquirir el derecho a apropiarse de sus pertenencias, forma de “pago” que típicamente motivaba a los sectores populares a alistarse en movilizaciones de ambos partidos y que los jefes solo podían impedir a riesgo de generar deserciones. Se puede pensar que lo que ocurrió en Quebracho Herrado fue una macabra “búsqueda del tesoro” que tuvo el campo de batalla como escenario y a los heridos como víctimas del despojo.

Otro punto problemático es la cuestión del “faccionalismo”, caracterización de los grupos políticos y del conflicto que el autor toma como un supuesto, sin explicar por qué los concibe así ni presentar ninguna evidencia que justifique el uso de ese concepto. Más aún, se podría usar la información contenida en el trabajo para rechazar esa explicación. Por ejemplo, una de las características de las facciones y, por lo tanto, de la política facciosa es la indeterminación ideológica y social de los grupos y, como consecuencia de esto, la débil lealtad partidaria que habría facilitado los cambios de bando. Si hay algo que este trabajo nos muestra es que la pertenencia partidaria implicaba un compromiso al cual la propiedad o incluso la vida de sus miembros no podían escapar. Si hubiera sido como la explicación facciosa lo propone, Marco Avellaneda y tantos otros hubieran podido negociar de alguna forma y así salvar su vida (los “pasados” –término de época- existían pero evidentemente ni eran la mayoría ni era tan fácil lograrlo); del mismo modo, si las diferencias entre los dos partidos hubieran sido tan irrelevantes como lo quiere esa explicación nadie se hubiera tomado el trabajo de hacer una “clasificación de unitarios” ya que al día siguiente éstos podían dejar de serlo fácilmente para salvar sus propiedades. Y el hecho de que hubiera individuos que, en un contexto de conflicto partidario y guerra, buscaran apropiarse de las fortunas de los enemigos, no debiera tomarse como una evidencia de la irrelevancia de las identidades partidarias ni como un rasgo definitorio de la

política del período: eso mismo hicieron los Nazis y el Ejército Soviético durante la segunda guerra mundial sin que nadie pensara que fueran “facciones”.

Finalmente, quisiera volver a la cuestión de la complejidad extrema que presenta el fenómeno de la guerra, de lo cual, creo, Etchechury Barrera es muy consciente. De hecho el autor habla de la necesidad de un enfoque interdisciplinario para entenderlo y explicarlo. No puedo estar más de acuerdo. Pero en lo posible, ese cruce de fronteras debería ir más allá de los estudios históricos europeos o estadounidenses e incluir lecturas de diferentes disciplinas como la psicología (me refiero a la psicología social que investiga los comportamientos colectivos) y de diferentes géneros, tales como la ficción y el periodismo, que han narrado y reflexionado sobre casos de guerra y violencia colectiva extrema en diferentes culturas y períodos. Lecturas como *Blood Meridian* (Cormac McCarthy), *Dispatches* (Michael Herr) o la desesperanzadora *Une saison de machettes* (Jean Hatzfeld) nos pueden ayudar a ver con mayor claridad tanto lo que la violencia colectiva en el siglo XIX argentino tuvo de especificidad histórica como lo que, más generalmente, refleja de la condición humana.

Ariel de la Fuente
Purdue University
delafuen@purdue.edu